

LA INDEPENDENCIA EN LA PRENSA DE AMÉRICA Y ESPAÑA

FRANCISCO MARIA NUÑEZ
Historiador Costarricense.

19 — Este es un aspecto nuevo para tratarlo un quince de setiembre, sin que querramos decir que no ha sido enunciado por algunos cultivadores de la Historia. Uno de ellos Jaime Delgado en su libro: *"La Independencia de América en la prensa española"*. (Madrid 1869)

Prescindimos de la discusión de la fecha exacta de la independencia de Costa Rica, aceptando como un hecho consagrado desde hace 146 años, que fué el 15 de Setiembre de 1821, si bien la noticia de lo ocurrido en Guatemala no llegó sino el 13 de octubre siguiente, ya que viajó a paso de mula.

Ciertamente el pronunciamiento de Guatemala tuvo carácter local; ni siquiera fué expresión nacional, pero concretó la explosión cívica de un fermento que estaba a punto y se había fortalecido en toda nuestra América hispana, desde el lamentable caso de Bayona. Sin olvidar que en las propias Cortes de Cádiz se habían producido relámpagos independentistas. Por eso afirmamos en otra ocasión, que de España nos vino el sentido y la aspiración de la libertad (Conferencia en la Logia Masónica, 1965).

Apenas conocida la noticia que trajo el correo de Guatemala, se iniciaron los movimientos tendientes a tomar una decisión, no sin que trascendieran dudas y temores. La noticia de la independencia llegó de sorpresa. No había muchos letrados, se carecía de experiencia administrativa.

Al clarear el día lunes 29 de octubre, ya andaba el ciudadano José Santos Lombardo despertando a sus amigos, recabando opiniones y haciendo conjeturas sobre lo que procedía hacer en caso tan apurado. Los nublados enfriaban los ánimos.

Tomando el tiempo indispensable para reunir a los ciudadanos principales de las parroquias lejanas y las ciudades centrales, se convocó para el primero de noviembre.

Y el primero de noviembre, a escasas cuarenta y ocho horas de pensarlo y meditarlo, se juraba en Cartago la independencia de España. Hubo dianas, salvas de artillería, repique de campanas, músicas alegres y gritos atonadores. A todo pulmón salían los "Viva la Independencia". ¿Que para muchos varones el pronunciamiento fué insólito? ¿Qué para otros tantos era incomprensible? Los nublados del día despertaban dudas respecto a lo que seguiría: ¿Enviaría tropas España, para sosegar a los revoltosos? ¿Convenía seguir formando parte de Guatemala? ¿Nos vendería acercarnos a México o Colombia? ¿República o monarquía? La decisión se confió al buen sentido de los ciudadanos diligentes.

Lo definitivo fué la emancipación de España. Pero sin rencor, sin odio. Quizás más bien con agradecimiento, ya que había hecho posible el aumento de la población, con los llamados "criollos". A más de habernos heredado idioma, religión y costumbres.

Guatemala y León (Nicaragua) dieron el ejemplo. Las aspiraciones libertarias habían llegado desde España, repetimos. Las alentaron los movimientos de 1808, 1809 y 1810, en el Norte o el Sur. La hora había llegado. El propio Bolívar trajo de Europa la mística revolucionaria.

Se ratificó el pensamiento, concretado en pocas pero expresivas palabras: *"La provincia de Costa Rica*

está en absoluta libertad y posesión de sus derechos para constituirse en una nueva forma de gobierno".

Pudo ser pobre la capacidad intelectual de aquellos varones que asumieron la responsabilidad de declarar a Costa Rica independiente, pero no les faltaron ni sentimientos cívicos ni arrestos varoniles. Asumieron las consecuencias con valentía. Loas a su memoria!

Triunfó la forma republicana. Todos los hombres serían libres, se nombraría una Junta Superior Gubernativa. Se daría representación a los pueblos y parroquias. Los electores tendrían tantos derechos como los que se daban a los diputados de Cortes.

En 1821, pues, nació Costa Rica a la vida independiente, si bien no fué sino en 1824 que se dijo la última palabra. Pertenecemos a la República denominada Federación de Centro América, pero como estado libre e independiente. El gobierno fué popular, representativo y federal.

Nos adelantamos a consignar que gracias al buen juicio de los organizadores de la República, en particular de ese gran ciudadano que fue don Juan Mora Fernández, ganamos en vida democrática, tanto como en orden y anhelos de progreso. Ellos establecieron una República ejemplar.

Justo es que seamos leales hijos de ella. Obligatorio es rendir homenaje a la memoria preclara de quienes nos legaron una patria libre.

Cada quince de setiembre, prometamos una vez más, solemne y lealmente, ser siempre dignos sucesores de los emancipadores. Su lección, su ejemplo de lealtad y civismo, deben ser por siempre, los distintivos de los costarricenses. Confíemos en la paz y la cultura los destinos de la República.

2 — En 1821, pues, nació Costa Rica a la vida independiente. Los Liberales de entonces fueron los promotores del movimiento. Las influencias vinieron del exterior. También los grandes libertadores del Sur y del Norte, ilustraron su pensamiento en Europa o en los textos de los Enciclopedistas. Ser liberal era entonces ser ilustrado y también ser insurrecto. Anhelar otro modo de vivir.

La voz Liberal comenzó a usarse en Cádiz, el año 1811 y de allí pasó a Francia e Inglaterra, afirmó Alcañá Galiano, el año 1864.

También en 1842 se dijo: *"La idea liberal era un aliado extranjero que combatía bajo la bandera de la independencia"*. Expresión nada menos que de don Andrés Bello, en su *Investigación Sobre la Influencia de la Conquista y del Sistema Colonialista de los Españoles en Chile*.

Por añadidura, si se quiere, ese movimiento independentista de 1821 cobró vida en Costa Rica, pero no faltaron ni la decisión firme ni el sentido de responsabilidad ciudadana, de los varones que deseaban crear una patria libre, democrática y progresista.

Los hombres son movidos por las ideas y las ideas llegaron de la propia Europa, donde el incendio libertario cobraba fulgores de aurea. Seguramente de caclismo.

La crisis de Francia es bien conocida. La influencia de los enciclopedistas; la revolución de los señores intelectuales fueron decisivas. El mismo caso de

los ingleses, en la América del Norte fué ejemplo vivo. Llegaban pocos libros, pero Montesquieu y Rousseau hacían pensar en la soberanía popular.

En España había un trono vacío y los anhelos del pueblo eran restablecer la corona a Fernando. Hasta ganaba campo la idea de pelear contra los franceses.

En medio del caos político surgió la fórmula de reconocer a las provincias de ultramar la representación nacional. Se definió la nación española como la reunión de españoles e indios, y de los hijos de ambas clases. La medida fué tardía. El fuego había cobrado fuerza. En América crecía la revolución libertaria.

Simultáneamente avanzaban en Europa los ejércitos de Bonaparte y en América las huestes de la independencia.

Desde 1812 Bolívar era el mensajero de la América nueva, liberal y revolucionaria.

Lo de 1821 fué la concreción, en hechos, de todo un proceso de pensamiento y de obra. El incendio se propagó en el Continente. El campo estaba abonado. La acción fué gestándose despaciosa, pero eficazmente. Se impuso la emancipación.

Me afirmo en que de España nos vino el ejemplo; de allá llegó el espíritu de libertad. América siguió ese ejemplo. Los alientos los estimuló el movimiento revolucionario que vivía el mundo entero. Aprovechó la lección, se independizó.

3. — La prensa fué el vehículo del pensamiento, la palanca que movió la idea. Quizá hasta por un fenómeno de transmisión del pensamiento, las ideas revolucionarias venían de Europa y se propagaban por todo nuestro Continente. El correo podía llegar tarde, con el libro y la hoja volante, pero lo cierto es que los iluminados estaban al tanto de lo que ocurría, palabra más o menos. La palabra salvó más distancias que el libro.

La idea republicana ganaba adeptos hasta en los españoles arraigados en América y desde luego en los llamados criollos, para quienes España no pasaba de ser otra cosa que un recuerdo, una esperanza lejana.

Flameó la divisa republicana, aquí y allá. Un botón blanco con una flor roja. Se cuenta que el padre Echavarría devolvía del confesionario, sin oírlos, a los fieles que no portaban ese distintivo. Razón hubo para que nuestros mayores adoptaran la bandera blanca con la estrella roja. Era la reafirmación de su espíritu republicano.

Volviendo al tema diremos que entre los periódicos de Europa, vale la pena citar *El Observador*, de Cádiz, y *El Español*, de Londres. Se criticaba la política gubernamental, pero se mantenía el respeto a la Constitución. Eso sí, no se quería oír nada del reconocimiento de la independencia de nuestros pueblos.

El Procurador General del Rey y de la Nación, en julio de 1810, comentaba "*La Ocurrencia Funesta de Caracas*" y también la subversión de Buenos Aires, del 25 de mayo.

La *Gaceta de la Regencia de España e Indias* no publicaba noticias de América, salvo alguna de La Habana. Se pensaba que ignorándolas se aplacaba la revolución que estaba en desarrollo. A lo sumo se afirmaba que las noticias que llegaban de América eran "exageradas y pervertidas por la maldignidad". En una edición extraordinaria le correspondió ofrecer las primeras noticias sobre la independencia de hispanoamérica.

No se creyó en los tumultos populares ni en las peticiones públicas para que los capitanes generales hicieran entrega del mando.

Se ignoró que España nos trajo la civilización, pero descuidó la administración de América. Hubo autoridades que exageraron sus medidas; otras para quienes sólo contó el deseo de hacer fortuna. Los menos fueron los civilizadores, capaces de todos los sacrificios y dueños de sentimientos humanos, fraternos. Nuestro don Juan Vázquez de Coronado, por ejemplo.

No tomó buena cuenta España, o no la tomaron sus gobernantes, de que el problema del océano y de la fragilidad de las naves, permitió que en América hubiera españoles europeos y españoles americanos. Los llamados criollos. Todos víctimas del mismo despotismo, del abandono y el olvido. Para los criollos no había otra solución que la de empeñarse en formar una patria en América. Por eso fueron aliados de los independistas. Naturalmente, no faltaron los monárquicos intransigentes, pero su resistencia resultó estéril. Formaban la minoría.

La verdad es que el yugo de Bonaparte había amedrentado a los ciudadanos y la debilidad de la Corona decepcionó a los más. Si el problema español no fué el origen del movimiento separatista, sí precipitó los acontecimientos, hasta desembocar en la independencia americana, como afirma algún tratadista.

Tanto que se llegó a afirmar: "No fueron la Ilustración, ni la Revolución Francesa, ni el ejemplo de las colonias inglesas establecidas en el Norte del Continente, fué la pequeña estatua de los Reyes y su vacilante actitud frente a la invasión francesa".

El Diario Político de Santa Fe, de Bogotá, calificaba el 25 de enero de 1811 de "monstruoso e ilegal" al Gobierno de la Regencia.

La decepción hizo olvidar todos los auxilios económicos, todos los esfuerzos de los Conquistadores, todos los favores de los sacerdotes y frailes, el legado valioso de España. Muy pocos de los españoles residentes permanecieron fieles a su Patria. Salvo contados ejemplos.

En todos los países donde la imprenta había hecho su aparición, circularon periódicos y hojas volantes, que alzaron el incendio. En los cabildos, las tertulias y las logias se caldeaban los ánimos.

En España los periódicos comenzaron a informar de los avances de la revolución separatista, pero tardíamente. El movimiento era incontenible. Ya nacían nuevas repúblicas.

4. — Algo hemos de decir de nuestra Centroamérica y de México. En Costa Rica no tuvimos prensa sino el año 1833. Las tertulias patrióticas, los corrillos de vecinos importantes, y los estímulos que llegaban de fuera, crearon el ambiente propicio. Por eso cuando llegó la noticia de Guatemala, en octubre de 1821, ni sordos ni rencos, nuestros prohombres iniciaron las gestiones que culminaron con la firma del acta de Cartago, el 29 de octubre.

La efervescencia se produjo después. Fué una puja entre republicanos e imperialistas. Quizá también tuvo carácter local; josefinos contra cartagineses. En pueblo pequeño el localismo cobra caracteres de pleito grande. Hubo rebeldes: un sargento mayor, Agustín Barba, fué expulsado por negarse a jurar la independencia, para citar un ejemplo.

Las cosas se normalizaron el año 1824 y la República comenzó a vivir bajo la mano firme y fraternal de don Juan Mora, quien aplicando su sentido de maestro y de juez, hizo posible una democracia en constante anhelo de superación, por la cultura y la paz.

En Guatemala, la hermana mayor, dos periódicos crean ambiente a las nuevas ideas: *El Genio de la Libertad*, de don Pedro Molina y *El Amigo de la Patria*, de don José Cecilio del Valle. También deben citarse otros periódicos: *El Editor Constitucional*, *La Tribuna* y *El Liberal*. No es fácil conseguir ejemplares de esos periódicos. En la pugna de las ideas, se recurrió al fuego para sepultar nombres de ciudadanos y con ellos sus actitudes.

Costó amoldarse a la nueva situación y más comprender que se necesitaba un gobierno que conociera las necesidades, las costumbres y las preocupaciones de los pueblos, como apunta el historiador don Ernesto Chinchilla Aguilar. La ignorancia resultaba un obstáculo; los intereses otro mayor.

El licenciado don Rodrigo Facio, de grata memoria, en su texto *Trayectoria y Crisis de la Federación Centroamericana*, establece: "En Costa Rica se deci-

dió la independencia absoluta de España y la temporal de León y Guatemala, —sus dos autoridades superiores en pugna—, hasta tanto no se normalicen las cosas” Asumiendo así, la **Autonomía en forma absoluta**,”

No hubo convulsiones revolucionarias; no surgió ningún caudillo. No hubo, propiamente, un precursor del movimiento independentista que venía gestándose desde diez años antes, por lo menos, en otros países. No puede localizarse un precursor militar, sino más bien uno intelectual. Pudieron más las ideas; las corrientes de pensamiento, llegadas de Europa y de diferentes sectores de nuestro propio Continente.

Se explica un José Santos Lombardo, madrugador, despertando ciudadanos el 29 de octubre para pedirles opinión sobre la carta llegada de Guatemala y convocarlos para reunirse a discutir el asunto. Más tarde estuvo presente en las juntas que estudiaron la organización de la nueva patria. Hasta llegó al cuartel de Cartago y se posesionó de él.

Después surgen el bachiller nicaragüense, José Rafael Osejo y el hombre de mar, alajuelense, José Gregorio Ramírez, quienes se distinguen, particularmente, en las luchas intestinas que sucedieron a la declaración de la independencia.

Me creo obligado a extenderme un poco más en cuanto al caso de Guatemala. En su Capital se firmó el Acta del 15 de setiembre de 1821. Un costarricense, de nacimiento, fué uno de los precursores más distinguidos, entre los independentistas.

Me refiero al ilustre Fray José Antonio Liendo y Goicoechea, nativo de Ujarrás, Cartago, como su colega, el Presbítero don Florencio del Castillo, que se immortalizó en las Cortes de Cádiz, por su alto espíritu humano, defendiendo a los olvidados indios.

Fray José Antonio Liendo y Goicoechea no sólo fué sabio y virtuoso, sino también un Verdadero Patriota; él mismo manifestaba su cariño por Guatemala, su segunda cuna y su campo en donde había regado la simiente de las nuevas teorías, dice el historiador guatemalteco, licenciado don Luis Antonio Díaz Vasconcelos, en sus **Apuntes para la Historia de la Literatura Guatemalteca**.

Pero hay más, se le coloca a la cabeza de los iluminados de aquellos días: Fray Matías de Córdoba, Fray Mariano López Rayón, doctor José Cecilio del Valle, licenciado Jacobo de Villaurrutia, y otros ilustres y cultos hombres, “que no sólo lucharon desde las columnas y la tribuna por la Independencia de España, el adelanto de Guatemala, sino también por la cultura en todo sentido”.

Se agrega: “Fué, —tal vez sea atrevida la comparación—, nuestro Voltaire o nuestro Rousseau, que influyó y preparó El Movimiento Separatista que nos sacaría del dominio Ibero”.

En La Gaceta de Guatemala, quedó constancia del pensamiento de nuestro distinguido compatriota por la Libertad de conciencia y de pensamiento.

Si en la ciudad de Guatemala se firmó el Acta de la Independencia, y un costarricense de cuna fué uno de los precursores de ella, nuestro Fray José Antonio de Liendo y Goicoechea puede ser un prócer de la Independencia. El precursor intelectual de más alto coturno.

El Viejo Lecornes, seudónimo que usó Fray José Antonio, se adelantó a su tiempo y fué de los precursores de la independencia. No usó la espada; lo fué más útil el periódico y a ratos, también el púlpito. La palabra suele tener efectos más poderosos, cuando la utiliza un varón de la responsabilidad, el talento y el civismo de nuestro Compatriota.

La experiencia de varios siglos creó la necesidad de buscar la independencia política. Esto es, enseñó a confiar el progreso y la felicidad, en el propio esfuerzo. La Colonia no ofrecía buenas perspectivas y pensando en el futuro, se llegó a declarar la total independencia de España. Prevalió la idea de organizar una patria propia.

No debe olvidarse al Ciudadano Pablo Alvarado,

otro costarricense distinguido, quien en carta de 22 de setiembre de 1821, firmada en Nueva Guatemala, comunicó al Ayuntamiento de San José, que “casi todas las provincias del virreinato de México y la capital del reino de Guatemala, habían proclamado su independencia de España” Aconsejaba que nuestra Provincia hiciera lo mismo. Un hermano suyo, don José Antonio, cura de Mazatenango, formó parte de la junta provisional de gobierno, como representante interino de Costa Rica.

El Ciudadano Pablo, podría tenerse, pues, como otro precursor intelectual de nuestra independencia. Su consejo, por venir de quien venía, encontró eco.

5 — Veamos ahora, sucintamente, algo de lo que ocurría en Nueva España, México. Las nuevas ideas encontraban campo propicio. Aparecen dos revolucionarios: Hidalgo y Morelos, pero con propósitos diferentes. El primero no era hombre de ideas sociales, nutrió su espíritu con las ideas enciclopedistas. Clama por la libertad de los esclavos. También por el reparto de tierras. Hubo procesos contra él por sus ideas religiosas e independentistas.

Eran más claros los pensamientos de Morelos. Le preocupaban por igual los ricos y los nobles, estableciendo que por serlo, no debían considerarse como adictos de la tiranía. Propugnaba el reparto de las haciendas mayores y la destrucción de empresas. Es decir, proclamaba lo que se llamó “practicar la táctica de la tierra quemada”. Más aún, ordenó que se dejara de llamar a las gentes: indio, mestizo o mulato, porque todos eran americanos. Se pronunció contra los privilegios y los abolengos y desde luego, contra la esclavitud.

Salta a la vista que a la par de las reivindicaciones políticas de los indios, se ensayaron nuevas teorías sociales y económicas. Como en Francia, se pensó en crear pequeños propietarios. Esto es, una nueva clase social. Pero se respetó la propiedad eclesiástica.

Hidalgo y Morelos, pese a las distancias, son representativos del movimiento independentista.

6 — Este ensayo está resultando un poco extenso, pero debemos agregar algo respecto a la tarea desarrollada por las logias. Si observamos con atención las características de las primeras constituciones políticas, editadas en Centroamérica, podemos apreciar ciertos rasgos en las carátulas, que reproducen signos masónicos. Es que la Masonería jugó un papel importante en la independencia de América.

Se importó la masonería de España y en nuestro Continente sus ideas encontraron campo abonado, se convirtieron en organizaciones políticas. Por eso se llamaron logias de Bolívar o de La Libertad.

Las logias escocesas se fundaron en 1818 y abogaron por el sistema representativo y la reforma del clero. En México prosperaron, pero también sufrieron escisiones. En 1826 aparecieron las logias yorkinas.

Los escoceses llegaron a ser los conservadores y los yorkinos los liberales. Los primeros centralistas; los segundos federalistas. Aquellos moderados, apegados a la tradición española; los otros radicales, deseosos de crear un nuevo México.

Los yorkinos tenían su órgano de publicidad: El Correo de la Federación; los escoceses El Sol.

Podemos citar otros periódicos: Espectador Americano; El Telégrafo, de Guadalajara. Este último fué de los primeros en tratar los problemas económicos.

Economía y Política se conjugaron en aquellos días, como temas de actualidad, cuando se trataba de adoptar una nueva forma de gobierno; una vida propia.

Hubo necesidad de estructurar una patria que fuera regazo acogedor para todos, blancos, negros o indios; europeos o americanos, africanos u orientales, y a la vez se impuso la necesidad de una nueva civilización. Pero las cosas no se arreglan solas. La revolución se impuso. Hubo sangre y muertos. De la tragedia nació la República.